

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

RECUERDOS DE LA LOMBARDIA.

EL PALACIO DEL DIABLO.

(Crónica del siglo X.)

(Conclusion.)

II.

LA MUGER DE FUEGO.

Adalberto debía el feudo de Suismantium á la generosidad de Lotario, que le hizo donacion de él despues de la muerte de Szaruyan, gefe de una horda húngara. A su advenimiento al trono, Hugo se le habia dado á este último como retribucion de la adhesion de su padre, el cual formaba parte en clase de *cattaneo* (1) de la comitiva de Lamperto cuando el asesinato del emperador Berengario en 924.

Aunque poseia aquel castillo ya hacia ocho años Adalberto, no le habia visto jamás. Dejaba que le explotase el hijo de Conrado á quien le habia arrendado, porque no habiendo gozado jamás las dulzuras de la

vasallo, y podia convencerse de que el anciano se entristecía mas á medida que él, á medida que se alejaban del valle. Sin embargo, no era la vez primera que Conrado visitaba aquel país; habia pasado en él una parte de su vida, y solo le habia dejado por complacer á Milon, que deseaba que su hijo tuviese un compañero adicto, una especie de Mentor obediente y de servidor sumiso, que le sirviese de experiencia sin encadenar su voluntad. Bien fuese por curiosidad de saber si la melancolia del arimanno procedia de la misma causa que la suya, ó por concluir la glacial monotonía de aquella escena sin vida, Adalberto hizo una seña á Conrado que marchaba respetuosamente detrás de él, y mandándole acercarse le dijo:

—¿Qué piensas, mi antiguo amigo, del magestuoso camino que conduce á mi palacio?...

En aquel momento acababa de salir la luna, y proyectaba su pálido y amarillento resplandor en las montañas, mientras que el camino, siguiendo el curso de un torrente formado en su interseccion, permanecía en una oscuridad profunda, aumentada por la débil claridad que apenas se divisaba en las alturas. Mil cascadas salían de las rocas, é iban á precipitarse con estruendo en las aguas del torrente, para correr formando espuma con ellas, y romperse en cualquier obstáculo, ó caer de repente en un cauce mas profundo.

aparecer, para presentarse luego en el mismo punto. Conrado dejó de hablar, se estremeció, dió un grito alargó el brazo derecho hacia la torre, y se cubrió el rostro con las manos, dejando caer las riendas sobre el cuello de su caballo. Este sintiéndose libre se lanzó hacia el valle.

Adalberto oprimió los hijares de su palafren, le aflojó la rienda, y procuró alcanzar al anciano. Ya solo distaba algunos pasos, cuando le vió caer en un abismo y oyó estas palabras pronunciadas por su viejo amigo, que en aquel momento supremo queria todavia darle una prueba de su afecto.

—No sigais.

Luego se perdió la voz en la cima, y ya no se oyó mas que el roce de las hojas, el chasquido de las ramas que se rompian y un profundo gemido seguido de un silencio sepulcral.

Adalberto echó pié á tierra, se arrojó á la orilla del abismo, juntó las manos, levantó al cielo los ojos llenos de lágrimas, recitó con recogimiento y fervor el salmo *De profundis clamavi ad te Domine, Domine exaudies vocem meam*, despues, oró largo tiempo, y pagó un copioso tributo de lágrimas á su fiel vasallo.

Una hora despues, cabalgaba otra vez en la direccion que le habia señalado el desgraciado Conrado.

La noche estaba tranquila y hermosa, el aire era puro y fresco y el sitio pintoresco: mas á pesar de todo y aun cuando habia cumplido los deberes de cristiano con su fiel amigo, Adalberto se sentia profundamente conmovido, afligido y abatido. Esperimentaba una necesidad instintiva de llorar todavia: atormentábase un temor vago, un malestar desconocido iba apoderándose poco á poco de su cuerpo y la amargura se deslizaba en su alma. Esforzabase en dominar su emccion, y calmar su asombroso espasmo, mas no podia conseguirlo. Pensando en la pérdida que acababa de sufrir, y en el secreto que habia conducido á Conrado á su horrible tumba, decia entre si, que la muerte de su amigo era de muy mal agüero para él y para su futuro matrimonio, que tal vez de aquel secreto dependia su destino. Trataba de comprender en seguida qué habia querido decir el arimanno con sus últimas palabras, y confesaba que no podian referirse mas que á Suismantium. Sin embargo, continuaba siempre su marcha en direccion á aquel castillo, impulsado como por una fuerza irresistible, mas sin atreverse á dirigir la vista á la torre colosal.

Trepó con lentitud el Gotra, unas veces á caballo y al galope cuando el camino lo permitia, y otras llevando de la brida á su palafren cuando los obstáculos se multiplicaban, siempre agitado por los mismos pensamientos, siempre empeñado en la misma lucha con la voz de su corazon, hasta que llegó á medio cuarto de legua de distancia de su palacio. Entonces, haciendo un penoso esfuerzo, levantó los ojos para mirar su mansion.

Enmedio de la torrecilla, se mantenía en pie una sombra negra como la de una muger, que tenia en su mano derecha una tea que elevaba por encima de su cabeza. Aquella fantasma parecia tener fija su mirada sobre el joven señor, y ejercia sobre él idéntico poder que la serpiente sobre el pajarillo. Adalberto tenia miedo, se estremecía, sentia refluir su sangre hacia el corazon; pero avanzaba siempre hacia la sombra que le fascinaba. Tenia miedo, mas no podia apartar su vista de aquella aparicion fantástica. Cuando llegó á la cima de la roca en donde estaba construido el palacio y el puente levadizo, la campana del reloj de la torre dió la sesta hora (media noche).

Entonces la muger negra arrojó su tea al pie de la torre, por el lado de la vertiente de la montaña: su color oscuro, se convirtió de repente en resplandeciente como una porcion de ascuas chispeantes, y alzando su ronca y cavernosa voz, cantó estas palabras bárbaras con un tono triste y monotono, que el eco repitió mil veces por el valle, y que el viento llevó muy lejos por el mar (2):

Grjövök legzobb közé aszszony sagok
 Oda megyek á hova hivnak
 A legzebó aszszony á varosnak
 A kigyelmetnek á szep aszszonyja
 Teremtetnek, teremtaja (2).

(1) La vertiente del monte Gotra domina el Mediterráneo.

(2) Yo soy la mas hermosa entre las mugeres
 Yo voy á donde me habeis mandado:
 La muger mas hermosa de la ciudad
 La muger hermosa de vuestro señorio
 La criatura del Criador.

Antigua balada, Anat. Ant. Leng. Hung. tom. II, pág. 724. No sabemos si este estribillo de una antigua balada, es precisamente del siglo X: mas segun asegura el autor del libro, en extremo raro que acabamos de citar, y de que tenemos noticia por una estraña casualidad, hallándonos hace diez años en un pueblecillo del Piemonte es de una época anterior en muchos siglos á la en que Juan de Zapol vayooda de Transilvania, llamó á los turcos á Hungría para arrojar del trono de aquel reino á Fernando de Austria, á saber en 1526.



vida de castellano, no la apreciaba en lo mas mínimo. Preferia ayudar á su padre en sus funciones, á combatir valientemente en los torneos y las batallas, á pasar el tiempo en la caza ó domar un caballo fogoso en los sombríos patios de un castillo aislado.

Sin embargo, viendo acercarse la época en que iba á cumplirse su mas ardiente deseo, pensó en poner su palacio en disposicion de recibir á la condesa Isabel. Despues de ir á Verona para pedir á su padre el consentimiento para enlace tan deseado, consentimiento que Milon le dió con júbilo, despues de haber implorado una vida de felicidad á los pies de su dama, y despues de haber hecho y recibido de ella juramentos de un amor eterno, Adalberto, acompañado de su fiel Conrado, se puso en camino para Suismantium. Desde Mantua fué á Guastalla, llegó al concluir el día y pernoctó allí.

Al día siguiente muy temprano continuó su caminos y al ponerse el sol llegó á la falda de los Apeninos. Hasta entonces habia viajado por una llanura fértil, regada en todas direcciones por los riachuelos y torrentes que descienden de las montañas, en donde las praderas estaban esmaltadas de flores, los sembrados cubiertos de trigo, viñedos y árboles frutales; los caminos con la sombra de las arboledas, y por todas partes una vegetacion risueña, un cielosin nubes, en una palabra, el sol de Italia. Ver desaparecer aquella escena magnífica con la luz del día, para internarse en un desfiladero de montañas por senderos impracticables, era una transicion demasiado chocante para no experimentar una sensacion dolorosa. Asi es, que á medida que avanzaba por aquella garganta, el señor de Suismantium sentia una especie de disgusto y de aversion hacia su morada, y se apoderaba de él una melancolia profunda. De cuando en cuando dirigia una mirada á su fiel

—Creo, monseñor, que es muy triste, contestó Conrado.

—Triste como tú, respondió el caballero.

Y luego, viendo que el anciano no le contestaba, prosiguió:

—Sin embargo; deberias estar alegre, porque vas á volver á ver una familia de que has estado separado cinco años.

—No tengo inquietud por mi familia, porque mi corazon me dice que sigue bien.

El acento con que Conrado acababa de pronunciar aquellas palabras, era lento, monotono y doloroso: hubiérase creído que el anciano estaba preocupado por un pensamiento aflictivo, cuando proferia aquellas expresiones.

—Pues entonces, ¿qué tienes? ¿por qué te dejas dominar del terror que inspiran estos sitios?

—¿Los sitios?... dijo Conrado levantando la vista y mirando en derredor suyo: despues movió la cabeza y contestó: no es eso.

—¿Pues qué es? preguntó Adalberto con alguna impaciencia.

—Y vos, señor me preguntais que es.

—¿Qué quieréis decir, Conrado exclamó el joven, asombrado y atemorizado con aquella contestacion.

—Al hecho, dijo el anciano como si hablase consigo mismo, es preciso que lo sepa: mas pronto ó mas tarde da lo mismo.

—Espícate, pues.

—Al momento, monseñor, al momento. Verdaderamente yo no sé si debo....

El anciano calló de repente. Acababan de entrar en un valle profundo y agreste. En frente de ellos se elevaba con toda su magestad el monte Gotra. En la cima de aquella montaña, descollaba entre el azul de los cielos un torreón cuadrado y macizo, y entre sus aspilleras se veia una casa negra sobre la que brillaba, como una chispa, que parecia moverse y mudar de sitio de cuando en cuando, manifestarse y des-

(1) Capitan, es decir, hombre libre, que poseia una porcion de terreno con esclavos y una masnada. Era un titulo que se tomaba de su propio gefe.

Después desapareció, y Adalberto cayó sin conocimiento junto al puente levadizo.

III.

SUISMANTUM.

Cuando Adalberto recobró el uso de sus sentidos, aparecían en el horizonte los primeros rayos de la aurora. Le costó mucho trabajo coordinar sus ideas, acordarse de la causa de su desmayo, y de la catástrofe que le había precedido. Sin embargo, el aire puro y fresco de la mañana, le devolvió bien pronto toda la energía de su carácter. Si la había perdido algunas horas antes, no debía imputársele aquella falta, sino á la ignorancia y superstición de su siglo bárbaro, siglo de crímenes y de milagros, de proezas y cobardías imperdonables, de libertad y de esclavitud, de clemencia y de crueldad: mezcla incompatible de virtudes imaginarias y de vicios atroces, cuya única causa era la mas profunda ignorancia.

—Una mirada que dirigió en derredor suyo, contribuyó eficazmente á restablecer el equilibrio de sus facultades mentales. La serenidad de la escena que se presentaba á su vista, le llenó de admiración, respeto y reconocimiento hacia la divina omnipotencia conservadora: y cosa estraña, aquel mismo palacio de que hubiera querido huir la anterior noche, aun á costa de toda su sangre, si hubiese sido preciso, le era entonces muy grato, y le quería como un padre á su hijo, porque le encontraba hermoso y sublime con todas las bellezas y magnificencia que le rodeaban.

Suismantium, fortaleza inexpugnable por su posición, dominaba toda la estension del monte Gotra, sobre que estaba arraigado el peñasco cortado á pico, que le servía de base. Dos brazos de aquella montaña herizados de verdes bosques, se prolongaban por sus laderas hasta unirse con otros montes menos elevados que establecían los límites del valle por el lado de la tierra, y formaban la garganta de que hemos hablado en el capítulo anterior. Todo aquel ameno y fértil valle, en que innumerables cascadas se convertían en torrentes, serpenteándole en todos sentidos, como también algunos rios que tenían su nacimiento en el Gotra, todo aquel hermoso valle cubierto de árboles, viñedos, tierras de sembradura, todos aquellos sitios tan llenos de vegetación y de vida, todas las aves que por ellos revoloteaban, y los cabritos que por allí brincaban, todo pertenecía á Suismantium, que dominándolo todo desde su altura, parecía querer protegerlo y abrigarlo todo con la sombra de su base de granito. Suismantium no era ya para Adalberto una mansion sombría, que se enderezaba como un espectro sobre la cima de una montaña, para atravesar las nubes y leer en las estrellas del firmamento un funesto horóscopo. Aquella creación fantástica ya no existía, ó mas bien se había metamorfoseado en el ánimo ó la imaginación del joven señor, es un rey dictando un código providencial á sus queridos súbditos, es una afectuosa madre que tenía colocadas las manos sobre las rubias cabezas de sus amados hijos para preservarlos de todo peligro.

Adalberto se sentía conmovido y derramó dulces lágrimas en el umbral de su torreón, lágrimas de reconocimiento por un instante de felicidad. Luego, poniendo la bocina en sus labios, hizo resonar el aire con su claro y prolongado sonido.

Pasado un instante bajóse el puente levadizo, abrióse la puerta, y el hijo del conde de Verona, se encontró en un espacioso patio cuadrado, en medio de sus vasallos. En cuanto Adalberto, pronunció su nombre, Wilfrido, hijo de Conrado, y todos los hombres libres del feudo vinieron á prestar homenaje á su señor. Los esclavos se mantuvieron á alguna distancia pero le manifestaron su respeto con sus aclamaciones. Sintióse Adalberto todavía débil, quiso descansar inmediatamente de las fatigas de su viaje, y despidió á todos sus vasallos.

Quedóse solo con Wilfrido, hizo que le guiasen á su cuarto, y se entregó al sueño.

Habiendo algunas horas de reposo reparado sus fuerzas, se reunió con su mayordomo é hizo que le acompañase á todas las habitaciones de la mansion feudal, y dió las órdenes oportunas para las mejoras que pensaba hacer en ellas. Después visitó todas las dependencias del castillo, y adoptó las medidas necesarias para hacer menos dura la condición de los esclavos que labraban las tierras, y para grangearse el aprecio de los hombres libres, de los aldeanos, que serian su escudo y su fuerza en caso de guerra, de partido, y la salvaguardia de su reputación en caso de guerra del reino. Así obraban todos los nobles en aquel siglo con sus vasallos, por un sentimiento de egoísmo: Adalberto sin embargo, lo hacia por humanidad.

Durante todo aquel día, el mas hermoso de su vida, abrió mil veces la boca para referir á Wilfrido el triste fin de Conrado, pero no quiso turbar la alegría de sus vasallos, ni la inefable felicidad que experimentaba en medio de ellos. Ayudando su imaginación poderosa á la realidad, Isabel era también de la partida y se encontraba á su lado, pasaba su brazo por el suyo, se sonreía, y Adalberto apenas podía respirar: tan dichoso se encontraba, y tan completo era su triunfo.

Sin embargo: llegó la noche y con ella volvieron los recuerdos de la víspera. Sentado á una mesa, colocada para él en la sala de honor, Adalberto reflexionaba

profundamente en su aventura de la noche anterior, cuando entró Wilfrido para servirle por sí mismo la cena. Después de colocar los manjares en frente de su señor, el vasallo se disponía á salir cuando aquel le llamó y le dijo:

—¿Quién habita en el torreón?

—¡El torreón! preguntó con asombro el arrendatario haciendo la señal de la cruz; y transcurrido un momento continuó: nadie, monseñor.

—¿Pues para qué sirve?

—Para nada, monseñor.

La voz de Wilfrido temblaba sensiblemente; Adalberto lo percibía muy bien, pero no se atrevía á hacerle una pregunta directa acerca de la fantasma, como el arrendatario tampoco tenía valor para darle una contestación evasiva.

—¿Con qué está enteramente abandonado? continuó el castellano.

—Completamente.

—¿Y soleis ir á él algunas veces?

—Nunca, monseñor, nunca; exclamó Wilfrido con espanto.

—Sin embargo, anoche vi luz en él.

—¡Jesus... No os ha dicho jamás mi padre... no os ha hablado...

—¿Qué? ¿qué?... dijo Adalberto con ansiedad.

—Que esa torre es maldita; murmuró por lo bajo Wilfrido: aunque diéseis el castillo con todas sus dependencias al mas intrépido de vuestros vasallos porque entrase en ella, no aceptaría.

—¿Y por qué eso?

—Os suplico, monseñor, que no me preguntéis mas sobre el particular esta noche. Mañana con la claridad del día os lo diré todo; pero en este momento... ¡ah! no; no podría.

—¿Mañana?... sea en buenhora, contestó Adalberto sonriendo; no eres muy valiente, Wilfrido.

—Preguntad en el castillo y en todas las inmediaciones, monseñor, y os dirán que Wilfrido, hijo de Conrado, se halla siempre dispuesto á romper un alanza, á medir sus fuerzas y su espada con cualquiera, con un lombardo como con un húngaro, y con un franco como con un sarraceno; pero cuando se trata de cosas sobrenaturales, añadió bajando la voz y dirigiendo una temerosa mirada en derredor suyo, el hijo de Conrado es tan débil y perezoso como un romano.

—Pues hasta mañana y buenas noches.

—Dios os guarde, monseñor... durante vuestro sueño...

—¿Luego hay peligro en todas partes? dijo Adalberto temblando los pies.

Wilfrido se acercó á su amo, y le dijo con acento de un verdadero afecto.

—Permitidme, monseñor, que pase la noche en esta sala con algunos aldeanos armados. Para llegar hasta vos, tendrán al menos antes que pasar por encima de nuestros cuerpos.

—¡Buen Wilfrido!... ¿pero de qué naturaleza es ese peligro?

—Quizá es imaginario... yo no puedo estar alarmado con sobrado fundamento... pero...

—¿Alarmado... de qué?

Wilfrido corrió á cerrar el cerrojo de la puerta de entrada, y volviendo después á donde estaba su señor, le dijo con tono resuelto.

—He oído con mis propios oídos á la *muger de fuego*, pronunciar vuestro nombre en sus cantos satánicos...

—¿Quién es la *muger de fuego*?... preguntó con voz mas sumisa Adalberto, que ya comenzaba á comprender.

—Es la fantasma del torreón, monseñor, murmuró Wilfrido con acento apenas articulado: es el terror del castillo, la aparecida de Suismantium, célebre en diez millas á la redonda.

—¿Y no sabes mas?

—Únicamente sé que sus apariciones datan del día en que la viuda de vuestro predecesor fué espulsada del castillo para ponerlos en posesión.

—¿Y quién fué el que dió esa orden bárbara?

—Era justa, monseñor, y provenia del conde de Verona. El suegro de esta *muger* era uno de los asesinos del emperador Berengario.

Adalberto reflexionó algunos instantes, y haciendo luego un esfuerzo sobre sí mismo, tomó las dos manos de Wilfrido entre las suyas, y le dijo:

—Gracias por tu noble adhesión, amigo mio, gracias... quiero quedarme solo.

Y como el arrendatario iba á contestarle, añadió con tono de solemnidad:

—Si es un destino, es necesario que se cumpla. Tu, mi fiel vasallo, ve á pasar la noche en oración á la orilla del abismo situado al Este del valle, porque los restos de tu padre descansan en aquella sima.

Un grito de horror se escapó del pecho de Wilfrido, su temor se convirtió en el delirio de la desesperación; y su voz resonó en la sala al pronunciar estas palabras:

—Ya habia yo previsto una gran desgracia. El canto de esa maldita sombra, era anoche mas lúgubre que de costumbre: la infernal claridad que esparcía en derredor suyo, mas viva y mas encarnada: ¡era sangre!... ¡era sangre!...

IV.

EL PAIDA (4).

Adalberto no tomó ninguna precaución para preservarse de una sorpresa en su habitación. Dejó las puertas abiertas para no sentir demasiado el calor de la estación, se tendió completamente armado en su cama, después de apagar la luz, y aguardó los acontecimientos con una mezcla de temor y de ansiedad.

En cuanto dieron las doce, oyó elevarse la voz de la *muger negra* en lo alto del torreón. Aquella vez repitió la canción de la víspera; pero aquella noche añadió los nombres del conde de Verona y de su hijo, seguidos de una cáfila de imprecaciones.

Restablecióse en seguida el silencio, y el joven señor comenzaba á creer que Wilfrido se habia asustado sin razon, cuando una claridad repentina deslumbró su vista. A pesar de la fortaleza de carácter de que estaba dotado, no pudo conseguir saltar de su cama y ponerse en pie.

La fantasma del torreón entró en su cuarto, fijó en él sus chispeantes ojos, y se dirigió lentamente hacia su lecho.

Adalberto no pudo contener un grito de terror.

—¡La *muger negra*!... murmuró.

—No; la *muger de fuego*, gritó la fantasma: apagó su antorcha en el pavimento, y apareció á la vista de Adalberto como en la víspera radiante de claridad (2).

—¡La *muger de fuego*!... repitió cuando estuvo cerca del castellano, sobre quien ejercía el mismo poder de atracción que la noche anterior. ¡Si, la *muger de fuego* que viene á pedirte cuenta de la sangre derramada por tu padre en Verona!... ¡la *muger de fuego*, que viene á reivindicar sus derechos sobre esta castillo; la *muger de fuego*, que viene á gritarte *Fehda, Fehda*, la *muger de fuego* que se llama Didgyin Szaryan!... ¿Reconoces este nombre que tu padre ha borrado lavándose las manos en la sangre de los que le llevaban?... ¡asesino!... ¿Reconoces ese nombre que has desheredado, proscripto y desterrado de sus estados?... ¡ladron!... ¡La *muger de fuego* se ha desembarazado de tu custodia, haciendo caer por su mano á un caballo habituado á lanzarse hacia el abismo, y ahora te desafía á ti, en combate singular y con armas iguales, á todo trance á muerte! quiere saciarse también con tu sangre maldita ¡Nada de *Widrigild* para contener mi venganza!... ¡Sangre!... ¡Sangre!... ¡Nada de Carlo-Magno para obligarme á recibir el precio de mi deshonra!... ¡Necesito sangre!... estoy sediento de sangre!... ¡A dónde vayas, iré: en dónde te detengas, me detendré: no me separaré de ti hasta haberte vencido en la lid, hasta después de haberme bebido tu sangre!... ¡Si no aceptas mi desafío, te asesinaré, tan cierto como las almas de los dos Szaryan, piden venganza desde sus sepulcros!... ¡Cuando estés pronto llámame: sino me llamas antes de la época que he fijado para cumplimiento de la justicia, las entrañas de la tierra no podrían librarte de mi puñal!

Recobrado de su sorpresa, y creyendo que tenía que habérselas con un ser viviente, quizá con una loca y de ningún modo con una fantasma. Adalberto iba á contestar enérgicamente á aquella larga invectiva, cuando la *muger de fuego* desapareció de su vista, y en el sitio en donde se hallaba no quedó mas que un círculo de chispas (3).

Aunque un poco turbado por aquella estraña desaparición, el joven castellano no tardó en dormirse.

Todavía permaneció algunos días en Suismantium durante los cuales, no olvidó nunca ir por la mañana á la orilla del abismo en donde habia perdido á su amigo para rogar por él. Poco á poco se habituó de tal modo á la vision nocturna de Didgyin, y á su estraña interpección: ¿Estás pronto?... que cuando dejó su castillo para regresar á Mantua no pudo menos de pensar en la viuda, y hacer fervientes votos para que recobrara la razon.

Así es, que se quedó muy asombrado, cuando en Guastalla la vió aparecer por la noche, á las doce en punto, pero sin antorcha ni vestido de fuego, y colocada junto á su lecho repetirle su pregunta con voz mas hueca y amenazadora que de costumbre. No pudo contener entonces una risotada y la palabra ¡loca! anduvo errante por sus labios. Didgyin contestó á ella con la imprecación de que los húngaros han usado en todo tiempo: *Baszama aszszouyat* (4), y luego huyó con presteza.

El conde de Mantua, que esperaba á su futuro yerno, le habia hecho preparar una habitación en un palacio que poseía á algunos pasos de la puerta *Leona* (5).

(1) De *Fehda*, palabra tudesca que significa enemistad, guerra. Cuando los nobles recibían una injuria, las leyes de los lombardos les concedían el derecho de buscar una reparación, y daban á su enemistad, ya declarada, el nombre de *Fehda*. No les imponían mas deber que el de renunciar á su odio, cuando se les pagaba la compensación pecuniaria, afijada para la injuria recibida. Este pago se llamaba *Widrigild* (*Widrigeld* en alemán), dinero dado de vuelta y debia hacerse *cesante fehdá*. Mas si el ofensor se negaba á pagar el *Widrigild*, ó el ofendido á recibirle, ambas partes quedaban en guerra.

(2) Esta metamorfosis se obraba problemáticamente, por una pólvora fosforescente con que la *muger negra* cubría sus vestidos.

(3) Este hecho confirma nuestra suposición de la pólvora fosforescente. Didgyin no tenía mas que sacudirla para quedar invisible en la oscuridad. La pólvora que cayese en derredor suyo, debia efectivamente asemejarse á un círculo de chispas.

(4) Que tu *muger* sea ignominiosamente deshonrada.

(5) La puerta *Leona*, después que los galos ensancharon la ciudad, se encontraba por encima del canal rio, que servia entonces de límite á la población por la parte del Mediodía. Estaba situada en donde ahora comienza la puerta *Predella*, entre el teatro nuevo, y la casa que por el Este da á la calle.

y de que pensaba hacer donación á su hija al tiempo de celebrar el matrimonio. Había mandado se hiciesen festejos, y dirigido invitaciones para un torneo á todos los castillos y poblaciones inmediatas: en una palabra, no había olvidado nada, para que Adalberto no tuviese que aguardar largo tiempo el cumplimiento de su mas ardiente deseo.

En el palacio del conde de Mantua, como en Guastalla, Didgyin no faltó al deber que se había impuesto. El señor de Suismantim la volvió á ver indefectiblemente todas las noches, pero no con el traje negro que la cubría en el Gotra. La muger de fuego se había transformado en guerrero misterioso. Su visera estaba constantemente caída. Un velo negro ceñía su cintura, y caía formando pliegues por lo largo de su espada.

A distancia de unos siete mil pies de la ciudad de Mantua, se encontraba entonces el arrabal de San Giorgio, en donde se veía el magnífico palacio de Trajano. Al otro lado de aquel arrabal, (demolido en el siglo último, y reemplazado por una media luna) en una espaciosa pradera en forma de anfiteatro, fué donde se celebró el torneo (1) la víspera del matrimonio de Adalberto con la condesa de Mantua.

Después de dejar á muchos convidados que diesen pruebas de su fuerza y su destreza, entró Adalberto en la liza. Las damas fijaron en él sus miradas y las detuvieron con placer, porque el señor de Suismantim era un guerrero hermoso.

Apenas había comenzado á dar vuelta á la valla, cuando un caballero desconocido, tocó con el hierro de su lanza el escudo del nuevo mantenedor, y se lanzó á la arena montado en un fogoso caballo húngaro, que hacia caracolera con admirable destreza. Adalberto no tuvo mas que mirarle para reconocer á Didgyin. Acercóse á ella para disuadirla de su temerario proyecto; pero no le dió tiempo y fué á colocarse al otro extremo de la barrera. Entonces Adalberto, que se hubiera creído deshonrado cruzando su lanza con la de una muger, proclamó en alta voz el sexo de Didgyin, y de este modo se desembarazó por el pronto de aquella criatura, á quien ya comenzaba á mirar con mas seriedad. Al salir del palenque, Didgyin se aproximó al castellano, y le dijo por lo bajo: «No se escapa del brazo de la justicia.» El encarnizamiento con que perseguía á su enemigo, estaba demasiado bien combinado para que fuese efecto de locura. Desde aquel instante, Adalberto consideró á Didgyin como un adversario peligroso: mas como era valiente, no podía por ello concebir la menor inquietud.

Adalberto salió victorioso de seis combates, dos de ellos á muerte, y habiendo sido proclamado vencedor del torneo, recibió el premio, y fué coronado por mano de la reina de la hermosura, que como se comprende bien no era otra que la condesa Isabel.

El resto del día se pasó en la ciudad en banquetes y fiestas. Constantemente al lado de su padre y de su prometida, Adalberto se conceptuaba dichoso, mientras que la condesa Isabel tan embriagada de gozo como su amante, se envenecía de haber sabido inspirarle un amor tan profundo. Milon, cuyos blancos cabellos indicaban una vida larga y agitada, se regocijaba de verse renacer en su hijo, que probablemente sería su sucesor en el señorío de Verona; y el conde de Mantua, no teniendo ya ningún voto que formar, pues que había colocado á su hija única bajo la protección de un alto y poderoso señor, creía haber llegado al mas perfecto grado de felicidad posible. El día siguiente parecía que debía ser uno de los mejores para la ciudad de Mantua. Por la noche la reunion se separó muy tarde, y todos fueron á entregarse al reposo, aguardando con impaciencia el anhelado día, que debía comenzar con tan brillantes y alegres auspicios. Pero cuando llegó la hora de la ceremonia se esperó en vano al hijo del conde de Verona.

Quando fueron al palacio que habitaba fuera de la puerta Leona para saber la causa de su inesperado retraso, solo encontraron un cadáver atravesado de un gran número de puñaladas. El conde de Verona murió de pesadumbre al poco tiempo. Isabel fué á sepultar su desesperacion en un claustro del arrabal San Giorgio, y el conde de Mantua permaneció inconsolable el resto de su vida.

Desde aquel día memorable, en cuya aurora se había visto un hermoso caballo de batalla, húngaro, enjaezado, atravesar sin ginele los campos situados á la parte del Sud de la ciudad, nadie se atrevió ya á poner los pies en el palacio que había habitado Adalberto. Un guerrero cuyas facciones están siempre ocultas con la visera, se asomaba todas las noches á los balcones del palacio, y entonaba una bárbara canción de triunfo, que se oía hasta en el extremo opuesto de la ciudad.

Los que vivían cerca de aquel edificio pretendían que desde media noche hasta una hora antes de amanecer, salía de aquella temible mansion un ruido espantoso. El pueblo la dió el nombre de *Palazzo del*

Diavolo, (palacio del Diablo), nombre que todavía conserva aunque ha sido reedificado completamente en el siglo último, y se halla situado en la mejor calle de la ciudad, en el *Corso di porta Predella*.

No se sabe ni en qué época cesaron los cantos del guerrero misterioso, ni se encontró su cadáver en el palacio, cuando por consecuencia del ensanche de la ciudad, fué reedificado y comprendido en el recinto de Mantua.

BIBLIOGRAFIA.

HIMNOS Y QUEJAS.

POESÍA DE DON ANTONIO ARNAO.

No hace aun muchos años que la publicación de un tomo de poesías era un acontecimiento en el mundo literario: hablábase de ellas en los institutos y ateneos; comentábase en el inmemorial café del Principe, y el público se solazaba con su lectura. Hoy sucede todo lo contrario: á la afición ha sucedido el hastío. ¿Cuál es la causa de la indiferencia con que se leen los anuncios de semejante clase de obras? ¿Es por qué sobran poetas y faltan lectores? En nuestro concepto todas estas hipótesis son gratuitas; para nadie es un misterio que hoy, mas que nunca, es general el deseo de instruirse, y por consiguiente el de leer; y que no han sido estériles los esfuerzos de nuestros escritores para que la literatura nacional ocupe el lugar que merece. Pero tambien es cierto que no pocos ingenios, de esos con toda modestia se dan á sí mismos el título de poetas, han hecho sudar á las prensas españolas con los sobrehumanos pastos de sus fecundas imaginaciones; tambien es cierto que tales engendros han conducido al vulgo á creer que es poeta todo el que hace versos; tambien es cierto que la juventud escribe mucho y estudia poco, en vez de escribir poco y estudiar mucho, y que á fuerza de oírlo repetir uno y otro día, hemos llegado á creer que la mejor recomendación de un libro es la corta edad del autor. De aquí nace que una gran parte de las poesías publicadas en estos últimos tiempos, no sean mas que serviles imitaciones unas de otras, y que habiendo sido escritas cuando sus autores no tenían el suficiente tacto para elegir modelos, hayan contribuido á corromper el buen gusto, y lo que es peor, nuestro hermoso idioma.

Tiempo es ya de que se anatematicen esos extravíos de la imaginación, y para ello creemos que el arma mas poderosa es señalar á los jóvenes que valen algo el camino que han de seguir: nosotros nos atrevemos á suplicar á los hombres que con justicia ocupan una elevada posición en la república de las letras, y cuyas intenciones no pueden ser para nadie sospechosas, que se tomen el trabajo de poner en relieve la dicción incorrecta que caracteriza las poesías contemporáneas, la hinchazón de estilo que hace que muchas veces no se comprenda lo que quiso decir el poeta, y que trae á la memoria la pregunta del señor Hartzembusch á la alondra de su fábula: ¿se remontan tanto para que no se entienda lo que cantan?

Decimos mas arriba que el vulgo tiene por poetas á todos los que escriben renglones en forma de versos, y señalamos esto como una de las causas que han contribuido á que no sean debidamente apreciados los verdaderos poetas. En efecto, ¿quién es el que no ha escrito unas quintillas en un album, un soneto ó un romance á la señorita tal ó cual, plagiando, imitando ó traduciendo á otros vates, acaso no de los mejores? ¿Faltan periódicos que den cabida en sus columnas á semejantes descompuestas composiciones? No, no es poeta todo el que combina cierto número de palabras, dándolas una cadencia monótona y regular como el sonido del péndulo de un reloj: no es poeta el que con una exactitud matemática sabe medir un verso; la poesía tiene su morada en el corazón y no en la cabeza.

El señor Arnao, cuyas poesías nos proponemos analizar, ha procurado, y conseguido muchas veces, apartarse de la peligrosa senda que con tan poca fortuna han recorrido otros jóvenes, y su claro talento le ha preservado del contagio general. Ahí están sus composiciones: señálenos una sola que no tenga un sello de ternura, una locucion castiza, un carácter propio, circunstancias que por sí solas bastan para formar un buen poeta, y tendremos por aventurado el juicio que de ellas formamos desde el momento que tuvimos ocasión de leerlas.

HIMNOS Y QUEJAS ha titulado Arnao á la colección de sus bellísimos cantos; oigamos lo que á este propósito dice el señor Selgas en el excelente prólogo que les precede:

«Llámalas *Himnos y quejas*: himnos porque son cantos en alabanza de la sabiduría y grandeza del Hacedor supremo; quejas, porque son escapadas del alma «en las tribulaciones de la vida, y al contemplarse encerrada entre las flaquezas humanas, donde no puede participar del tesoro de felicidad á que aspira su «inmortal naturaleza.»

Arnao ha comprendido que todo poeta cristiano tiene el deber de consagrar sus mejores cantos al Creador, y por eso, después de pagar un tributo de gratitud á una ilustre persona que le ha tendido una mano benéfica, coloca al principio de su colección varias poesías esencialmente religiosas, llenas de ese perfume que exhalan los misterios de nuestra religion; de esa

vaguedad inesplicable que presta tantos atractivos á todo lo que nos rodea. El poeta eleva su alma á Dios, cuenta las dichas de la mansion de los bienaventurados, y después pliega las alas de su pensamiento, tiende una mirada por el mundo en que vive, y ruega por sus hermanos. En otras ocasiones aparece como abatido bajo el peso del dolor, que le arranca profundos ayes; pero de repente le salvan sus creencias de la desesperacion que de él iba apoderándose, y entonces prorrumpe en himnos de alabanza y de consuelo. Este es el carácter de las poesías religiosas de Arnao; como el aroma de las flores, tienden siempre á elevarse. Como una prueba de este aserto, no podemos resistir al deseo de insertar íntegro el siguiente soneto, modelo de dulzura y sencillez.

A LA VIRGEN.

¡Oh! tú madre de Dios, tú eres tesoro de amor celeste y de pureza santa: te viste el sol; la luna orna tu planta; estrellas te coronan: ¡yo te adoro!

A ti dirige el infeliz su lloro; á ti la tierra su oracion levanta; espíritu inmortal tu gloria canta en blanda voz y cántico sonoro.

Separa de tu rostro que destella la inmaculada luz, el blanco velo: astro de amor abrázame con ella.

Ya el corazón rebosa de consuelo... ¡Bendígate el Señor, paloma bella! ¡Bendígate el señor, reina del cielo!

El terrible espectáculo de una tempestad inspira al señor Arnao brillantes pensamientos, tan bien concebidos como expresados, y esclama con la admiración de un niño que contempla un gigante:

¡Cuán grande tú, Señor, y cuán inmenso!

Ayer brillabas en la luz dorada con que bañó el oriente, al despuntar, la aurora sonrosada; hoy brillas en el lampo refulgente que arde en las nubes y el espacio inunda: ayer las dulces aves te alababan en cánticos suaves; hoy te ensalza sin fin la voz profunda del hondo trueno que á tus pies revienta, y que lleva rugiendo en sus alas de fuego la tormenta.

En la balada *el nombre misterioso*, el poeta pregunta al eco, á la fuente, al viento, y á las aves, qué dicen con sus acentos, con su murmurio, con sus quejas y con sus trinos, y se responde:

La palabra misteriosa que están siempre murmurando es mas dulce y melodiosa que del arpa el eco blando.

Hay un nombre que bendicen con sus músicas suaves: ese es Dios: «¡Amad!», dicen eco, fuente, viento, y aves.

La voz de la verdad es una buena imitación de Calderón; no sabemos qué admirar mas en ella, si la filosofía ó la espresion. Así recuerda al hombre sus deberes:

Mortal ¿qué oculto poder encadena tus sentidos para la virtud dormidos, despiertos para el placer?

Separa tu corazón de esas necias vanidades: recuerda tus liviandades y tén de ti compasión.

Esa voz que en triste son pena y asombro te inspira, es la voz del que te mira, y del sepulcro á la puerta con la verdad te despierta en un mundo de mentira.

Quien sabe hacer tan buenos versos, quien conserva tal pureza de alma, no podía menos de estar feliz cuando el amor inflamase su corazón. Así es en efecto; pero las poesías amorosas de Arnao no se parecen á ningunas; no faltará quien las tache de tibias porque no espresan ese vértigo amoroso que tan en voga ha estado; porque no contienen esas alisonantes palabras *desengaño, muerte, mundo engañador*, ni otras que acostumbramos hallar en composiciones de este género, y porque, permitasenos la frase, Arnao llora con el corazón y no con los ojos. Nosotros participamos en este como en otros puntos de sus ideas; creemos que el amor debe dulcificar nuestros instintos en vez de exasperarlos; conducirnos al cielo y no al suicidio. Por eso al ver llorar á su Laura,

hermoso lirio, cándida azucena, que el Noto abrasador ha marchitado.

lo dice con el acento de la resignación y de la esperanza:

¿Y siempre has de llorar? ¿Acaso eterna la llama del dolor que te devora te ha de abrasar como á los campos bellos la corriente del Etna asoladora?
 ¿Han de apagar tus ojos sus destellos con el llanto cruel de la amargura?
 —¡No mas, hermana mia!
 Alzalos tierna á la azulada esfera, revestida de célica hermosura, que de allí bajará la calma pia que tu angustiado corazón espera.

En otro parage esclama:

¿Dónde la dicha se encierra por qué ardientes suspiramos?
 ¡Locos si aquí la buscamos!
 ¡No mora en la estéril tierra!

La *Corona de muerte* contiene versos tan tiernos como los que copiamos á continuacion:

AYER feliz mi espíritu
 te amaba en leda calma,
 y tú, siempre benéfica,
 diste á mi fuego palma;
 mas hoy que á la alegría
 muriendo voy, Luz mia,
 deja de amarme ya;
 porque sino mi llanto
 disipará tu encanto,
 tu calma turbará.

¡Si, llora! Véme trémulo,
 ya con la faz marchita,
 cual hoja mustia y pálida
 que fuerte el viento agita,
 véme con esta ofrenda
 de triste suerte prenda,
 que rindo hoy á tus pies.
 ¡Cuál mi dolor pregonas
 esta infeliz corona
 de funeral ciprés!

Con sentimiento dejamos la tarea de señalar las bellezas en que abundan los HIMNOS y QUEJAS de don Antonio Arnao; pero es fuerza darla por concluida, porque á pesar de habernos propuesto no molestar á nuestros lectores con inútiles digresiones, se ha hecho este artículo demasiado largo. No le terminaremos sin decir que en las poesías de Arnao se encuentran algunos defectos, levisimos en verdad, hijos solo de la inesperienza, de lo que cualquiera puede cerciorarse comparando las fechas, y observará que las composiciones últimamente escritas, son mucho mas correctas que las que lo fueron en 1846 y 47, es decir, cuando el autor contaba diez y ocho años. Si el señor Arnao continua estudiando con tanto aprovechamiento como hasta aquí, llegará dia en que ocupe un lugar distinguido en el Parnaso español.

CARLOS DE PRAVIA.

Madrid, junio de 1851.

JUDIT.

POR E. SCRIBE.

(Conclusion.)

III.

Al siguiente dia abrió Judit su ventana muy temprano.—El coche del conde estaba todavía á la puerta. Era evidente que lo enviaba casi todas las noches. ¿Pero con qué objeto? Esto era lo que no podia adivinar. En cuanto á pedirle explicaciones era pensar en lo escusado; jamás tendria valor para ello.—Por otro lado, Judit no le veía sino muy raras veces, y la mayor parte de ellas por las noches en un palco segundo del teatro de la ópera, que tenia alquilado por un año.—Ya no iba á verla entre bastidores, ni la proponia acompañarla. ¿Qué partido debería tomar...? ¿Qué haria para verle?

Decidióse á escribir al conde para decirle que tenia que hacerle una pregunta y le suplicaba se sirviese pasar á su casa.—Esta carta no era fácil de escribir; así es que Judit empleó en ella un dia entero: la principió muchas veces y por lo menos hizo veinte borradores, de modo que llenó con ellos sus bolsillos, su ridiculo, y probablemente dejaria caer alguno, que no faltó quien lo recogiera, porque por la noche en el teatro grande fué la algarazara que se armó entre algunos jóvenes actores ó los abonados de la orquesta, gente toda de buen humor, hablando de una cierta carta sin ortografía que acababan de encontrarse, y que pasaban de mano en mano.—¡Cuánta alegre exclamación! ¡cuánta punzante burla! cuántos comentarios satíricos se hicieron sobre aquel malhadado billete sin firma, cuyo autor no conocian, pero que querian insertar al otro dia en un periódico como modelo del género epistolar de la Sevigné del baile.

¡Cuáles, pues, no serian el temor y el suplicio de Judit, no precisamente porque era el blanco de todas aquellas invectivas, sino porque tal vez el conde se

burlaria tambien de su carta que á costa de su sangre hubiera querido recuperar! Así es que la infeliz sintióse mas muerta que viva cuando Arturo entró al siguiente dia en su gabinete.

—Aquí estoy, mi querida Judit, ya veis que he sido puntual á la cita que me habeis dado en vuestra carta. —Y la fatal, la terrible carta veíase en su mano.—¿Qué me quereis?

—Lo que yo quiero, señor conde.... no se cómo decirlo.... pero ese mismo billete.... que habeis leído... si es que habeis podido leerlo.

—Perfectamente, respondió el conde con una ligera sonrisa.

—¡Ah! exclamó Judit con cierto aire de tristeza, ese mismo billete os prueba que soy una pobre muchacha sin educacion, sin talento, que se avergüenza de su ignorancia, y que quisiera salir de ella.... ¿pero como lo lograria.... si no viniérais á ayudarme con vuestros consejos y vuestra proteccion?

—¿Qué quereis decir?

—¡Dadme maestros, y vereis si me falta aplicacion!



No habia uno que al pasar no volviera la cabeza diciendo: ¡qué pareja es esta tan linda!—Página 269, columna 1.^a

vereis como aprovecho sus lecciones. Trabajaré de dia y de noche.

—¿De noche?

—Vale mas emplearla en estudiar que no en dormir.

—¿Y por qué no dormis?

—¿Por qué? dijo Judit ruborizada; porque tengo aqui una idea que me atormenta sin cesar.

—¿Y qué idea es esa?

—La que debeis haber formado de mi.... Debereis despreciarme, mirarme como indigna de vos.... y tenéis razon, prosiguió vivamente, me veo tal como soy... me conozco.... y quisiera, y quisiera, si fuera posible, no avergonzarme á vuestros ojos y á los míos.

El conde la miró como sorprendido y le dijo: os obedeceré, querida mia; haré todo cuanto me pedis.

Al siguiente dia ya tenia Judit un maestro de ortografía, de historia y de geografía. Era de ver el entusiasmo con que estudiaba; y su juicio, su talento natural que solo necesitaban cultura, se desarrollaban con una rapidez increíble.



Judit quedó en un principio anonadada al leer la carta.—Página 269, columna 2.^a

En un principio habia amado al estudio por Arturo despues amó el estudio por él mismo. Este era su mas dulce pasatiempo, su consuelo y el olvido de todos sus pesares. Ya no iba á la sala de baile ni á los ensayos; consentia ser multada para quedarse en su casa traba-

jando, y sus compañeras decian: Judit no piensa mas que en sus amores: ya no se la vé por aqui; vá á perder su suerte; ¡qué mal hace!

Y Judit redoblaba sus esfuerzos diciendo: pronto seré digna de él, pronto verá que estoy en estado de comprenderle y podrá juzgar de mis adelantos. Vana esperanza; cuando el conde la visitaba, Judit avergonzada y tímida perdía la memoria; todo lo olvidaba. Si le preguntaba acerca de sus estudios, contestaba al revés, y el conde decia para si: La pobre niña tiene buenos deseos, pero poca facilidad. Lo único que habia ganado con su nueva ciencia era conocer que no podria menos de parecerle tonta y ridicula. Este pensamiento la hacia mas tímida y torpe, y sofocaba los sentimientos de aquella alma tan candorosa y tierna. El conde, que conocia esto mismo, procuraba economizar todo lo posible sus visitas. De vez en cuando solia hacerla media hora de compañía por las noches; pero siempre se retiraba al dar las doce.... Entonces sin dirigirle una reconvenccion, Judit le preguntaba solamente con voz dulce é inquieta: ¿cuándo volveré á veros?

—Yo os lo diré por señas mañana en el teatro.

Y hé aqui como.

Cada dos dias concurría á uno de los palcos segundos frente al escenario, y cuando podia pasar al siguiente dia algunos instantes con Judit, llevaba al descuido su mano derecha á la oreja; esto queria decir: irá á la calle de Provenza.

Entonces Judit lo esperaba todo el dia; á nadie recibia, y hasta procuraba alejar á su tia para consagrarse toda al placer de verle.

A pesar de la reserva del conde, Judit habia hecho un descubrimiento, á saber, que este sentia algun pesar profundo que le devoraba.—¿Y cuál era este pesar? Ella no se atrevia á preguntárselo: y sin embargo hubiera sido tan feliz con poder afligirse con él.... No osaba esperar esta felicidad, pero participaba de sus penas sin conocerlas; estaba triste con su tristeza. El conde por su parte solia decirle con frecuencia; Judit ¿qué tenéis? ¿Cuáles son vuestros pesares?... Si hubiera tenido valor habria contestado: los vuestros.

Un dia ocurrióle una idea horrible y dijo para si asustada. ¡El ama á otra! si, si; estoy segura, ama á otra. Pero entonces, ¿por qué toma una querida en el teatro?... Como capricho... como objeto de moda... como un juguete que ha comprado sin verlo.... sin conocerlo.... ¿Pero entonces por qué?... Levantó los ojos, fijólos en un espejo y vió que era tan jóven, tan fresca, tan linda!.... Y quedó sumergida en sus reflexiones.

La puerta de su gabinete se abre bruscamente. Arturo se presentó, tenia cierto aire de turbacion que jamás ella le habia visto.

—Señorita, le dijo vivamente, es preciso que os visitais al punto; vengo para acompañaros á las Tullerías.

—¿Es posible?

—Sí, el tiempo está hermoso; hace un sol magnífico. Todo París estará hoy en el paseo.

—Y os dignais llevarme! exclamó Judit llena de sorpresa, porque jamás el conde habia salido con ella, jamás la habia dado el brazo en público.

—Con mucho gusto... os acompañaré delante de todo el mundo y por el paseo principal, por donde haya mas gente, contestó el conde paseándose con agitacion.... Vamos, señora Bonnivet, dijo bruscamente á la tia que entraba en aquel momento en el gabinete, vestid al punto á vuestra sobrina; dadle lo mas elegante que tenga, lo mas nuevo, lo mas rico.

—Gracias á Dios y al señor conde no nos faltan lindos adornos.

—Está bien, está bien.... despacháos, porque tenemos prisa.

—Vamos, vamos, el señor conde tiene prisa; dijo la

señora Bonnivet apresurándose en desnudar á su sobrina.

Judit ruborizada la hizo señas de que Arturo estaba delante.

—¿Qué importa? Pues no faltaba mas sino que gas-

ensa mas
á perder

do: pronto
estado de

tos. Vana
t avergon-

daba. Si le
aba al re-

tiene bue-

habia ga-

no podria

nsamiento

sentimien-

El conde,

zar todo lo

acerla me-

siempre se

rigirle una

te con voz

atro.

lcos segun-

al siguiente

descuido

ir: iré á la

á nadie re-

consagrarse

habia hecho

algun pe-

este pesar?

mbargo ju-

n él.... No

a de sus pe-

peza. El con-

Judit que

Si hubiera

sa.

dijo para si

ura, ama á

perida en el

de moda...

... sin co-

vió que era

ó sumergida

mente. Ar-

cion que ju-

que os vis-

á las Tu-

el magnifico

dit llena de

do con ella.

ante de todo

de haya mas

agitacion...

e á la tia que

le, vestid al

elegante que

faltan lindos

porque tene-

risa; dijo la

ar á su so-

rturo estaba

no que gas-



Judit.

ORTEGA

sexagenaria porque en aquel momento el baron de Blangy, que estaba detrás de ella, decia á su hermano: ¡esta es la linda Judit!

—¿Aquella de quien está enamorado Arturo?

—La misma.... está perdido por ella.... se está ar-

ruinando.

—Con razon; de buena gana estaria yo en su lugar;

¡mira que linda es!

—¡Qué aire tan distinguido! ¡qué fisonomía tan en-

cantadora!

—¡Y qué talle tan elegante y gracioso!

—¡Calla, á que tambien vas á enamorarte de ella?

—Si ya lo estoy. Ven, ven á verla mas de cerca.

—Si es que podemos; porque es tanta la gente que se

agolpa para verla!

Y la multitud repetia todas aquellas palabras, y Ar-

turo las oia.... Las jóvenes al ver el aire modesto de Ju-

dit, la perdonaban el que fuese tan bonita, mientras que

contemplando los jóvenes con ojos envidiosos á Arturo,

se decian: ¡que feliz es!



Atravesó todas las habitaciones y abrió la puerta del gabinete.—Página 272, columna 2.ª

Por la primera vez entonces miró el conde Arturo á Judit como merecia ser mirada, —y llenóse de admiracion al encontrarla tan hermosa.—El paseo, el aire libre, y sobre todo la felicidad de oír los elogios que de su hermosura hacian las gentes, habian animado su megilla con un brillo nuevo y dado á sus ojos una expresion y un encanto indefinibles; ademas tenia diez y seis años, amaba, parecia que era amada!... qué mas razones para estar bonita! Y en efecto, el triunfo de Judit fué completo, inmenso. La multitud no la abandonó hasta que subió al coche. Al observar entonces que Arturo fijaba en ella una mirada de ternura, todos sus triunfos se desvanecieron de este último; olvidó los elogios de la multitud y entró en su casa diciendo: ¡que feliz soy!

Al siguiente dia en cuanto se levantó Judit recibió dos cartas.—La primera era del baron de Blangy, que mucho mas rico que Arturo, la ofrecia su amor y su fortuna.—Judit no tuvo ni aun remota intencion de enseñar esta carta á su tia ó á Arturo.—Creia que en quemarla no hacia el menor sacrificio.

La segunda carta tenia otra firma, que Judit leyó dos veces, no pudiendo creer á sus ojos.—Sin embargo, no la era permitido dudar, estaba firmada por el obispo de..., y concebida en estos términos.

«Señorita:
«Os habeis presentado públicamente ayer en las Tullerías con mi sobrino el conde Arturo y colmado de esta suerte la medida de un escándalo cuyas consecuencias son incalculables.

«Aunque, por la impiedad de los hombres, Dios ha permitido que todo esté trastornado, tenemos los medios de castigar vuestra audacia. Os declaro, pues, señorita, que si no poneis fin á semejante escándalo, ejerzo bastante influencia sobre el gobierno para espulsaros del teatro.—Si por el contrario abandonais inmediatamente á mi sobrino, os ofrecemos, porque el fin santifica los medios, dos mil luises y la absolucion de vuestras faltas etc. etc.»

Judit quedó en un principio anonadada al leer esta carta, pero poco á poco recobró su valor, consultó á su corazon, reunió todas sus fuerzas y escribió la siguiente contestacion:

«Monseñor:
«Me tratais con demasiada crueldad y sin embargo puedo poner á Dios por testigo de que nada he hecho que pueda avergonzarme.—Así es la verdad, os lo juro.... pero no me envanezco de ello, porque todo el mérito está de parte de aquel que me ha respetado y atendido.

«Si, monseñor, vuestro sobrino está inocente de las faltas de que le acusais, y si he podido ofender al cielo amándole con toda mi alma, si este es un crimen, yo sola soy la culpable, pues Arturo ni aun es cómplice de él.

«He aquí la resolucion que he pensado adoptar.

«Le diré lo que por mi jamás me hubiera atrevido á decirle; pero lo haré por vos, monseñor.... y el cielo me dará fuerzas.... Le diré: ¿Arturo, me amais? Y si como creo, como temo, me responde, no Judit, no os amo, os obedeceré, monseñor; me alejaré de él, no volveré á verle mas y entonces espero me estimareis lo bastante para no ofrecermelo nada y para no agregar la

humillacion á la desesperacion.—Esta última.... bas-

tará para morir.

«Pero si el cielo, si mi ángel custodio, si la felicidad de toda mi vida quisiesen que me respondiera: Os amo ¡Ah! entonces, conozco que es una cosa mala lo que voy. á deciros y me colmareis de maldiciones con justo título; pero tened entendido, monseñor, que en ese caso no habrá poder en el mundo que me impida ser suya, y sacrificarlo todo por él... Arrostraré hasta vuestra cólera.... porque despues de todo, ¿qué podría ella? hacerme morir; y ¿qué me importaria morir si ya habia sido amada?

«Perdonadme, monseñor, si esta carta ha podido ofenderos.... es de una pobre muchacha sin conocimiento del mundo y de sus deberes; pero que tal vez hallará alguna indulgencia á vuestros ojos, en la igno-



Arturo se arrojó á sus pies.—Página 272, columna 2.ª

na mas fina y delicada, merced á los cuidados de la señora Bonnivet. Por lo que hace á Judit nada veia, ni escuchaba, porque solo esperaba.

Esperaba! todas las facultades de su alma, se encerraban, se reasumían en esta ideal...

Pero las once y las doce habían dado ya y Arturo no parecía.

Pasóse así toda la noche; y ella esperaba todavía. Y el día siguiente y otros muchos transcurrieron sin que Arturo pareciera... Judit no recibió noticia alguna, no volvió a verle más!

¿Qué significaba esto? ¿Qué le habría sucedido?

—Señores, dijo el escribano interrumpiéndose, levantan el telón; la continuación en otro entreacto.

IV.

Señores, dijo el escribano apenas concluyó el acto tercero de los Hugonotes, adivino la curiosidad que tienen vds. por averiguar qué casta de pájaro era éste.

—Si hubiera vd. principiado por ahí!... dije yo.

—Yo soy dueño de colocar mi exposición donde más me acomode, porque al fin yo soy el que refiero.—Y además que no es el teatro de la ópera donde es menester mostrarse muy severo respecto á exposiciones, que nadie oye.

—Lo que frecuentemente es una gran felicidad para los autores de libretos, añadió el escribano mirándose; y satisfecho de su epigrama continuó en estos términos:

—El conde Arturo de V*** desciende de una familia muy antigua é ilustre del Mediodía. Su madre viuda desde muy joven, no tuvo más hijo que él y no poseía bienes; pero tenía un hermano que gozaba de una inmensa fortuna.

Este hermano, monseñor el abate de V*** había sido sucesivamente en la corte de Luis XVIII, y después en la de Carlos X, uno de los prelados de mas influencia, y sabido es cuanto era en aquella época el poder del clero, poder que gobernaba á la Francia, al soberano y hasta el ejército: El abate de V*** era de un carácter frío, severo y egoísta, muy buen pariente porque ambicionaba para sí y para los suyos. El mismo se encargó de la educación de su sobrino, lo puso en contacto con lo principal de la corte, logró que devolvieran á su hermana parte de los bienes confiscados, y la pobre condesa de V*** murió bendiciendo á su hermano y encargando á su hijo la mas ciega obediencia hacia él.

Arturo, que adoraba á su madre, le juró en sus últimos momentos hacer todo lo que quería, juramento tanto mas fácil de cumplir cuanto que desde su infancia tenía un miedo cerval á monseñor su tío, y estaba ya habituado á someterse sin resistencia á sus menores caprichos.

Grave, dulce y tímido; pero lleno de energía y honor, Arturo había experimentado siempre una viva inclinación á la carrera de las armas, al uniforme y á las charreteras, tal vez también porque en el palacio de su tío no veía mas que sotanas y sobrepellices. Un día se atrevió, aunque con gran reserva, á dar parte de sus intenciones á monseñor, que frunció el entrecejo y le anunció con voz firme y decidida que tenía otras miras respecto de él.

El abate V*** había sido nombrado obispo y esperaba todavía mucho más, porque tenía fundados motivos para aspirar al capelo de cardenal, y en tan favorable posición, quería traer á su lado á su sobrino y elevarlo á las mas altas dignidades de la iglesia; en una palabra hacerle abrazar la única carrera que entonces conducía rápidamente á los honores y al poder.

Arturo no se atrevía á resistir abiertamente al terrible ascendiente de su tío, pero juró interiormente no ser jamás obispo.

Sin embargo habían hablado al rey, que acogió este proyecto con visibles muestras de benevolencia.—Arturo debía dentro de pocos meses, entrar en el seminario solo por mera fórmula, para recibir las órdenes y pasar rápidamente de los grados inferiores á los primeros puestos de su nuevo estado.

No había olvidado Arturo los juramentos hechos á su madre, y por otro lado, hubiera sido á los ojos de todos, una insigne ingratitud el chocar abiertamente con su tío, su único pariente y bienhechor.

No atreviéndose á declarar la guerra al temible prelado y oponerse directamente á sus intenciones episcopales, buscó algunos rodeos para llegar al mismo fin y para obligar al abate á renunciar voluntariamente á sus designios. Para lograr este objeto no había mas medio que armar un buen escándalo que le hiciera indigno de las santas y respetables funciones que querían conferirle contra su voluntad.

Esto sin embargo no era fácil, porque Arturo ora fuese debido á su natural carácter ó á su educación, tenía un fondo de delicadeza y de honradez que no podía vencer.—No es libertino, no, todo el que quiere: necesitase para este estado cierta vocación como para los demás: Arturo hallaba tanta dificultad en ser malo como en ser obispo.

Pero algunos amigos condescendientes y llenos de las mejores disposiciones tomaron el cuidado, solo por hacerle un servicio, de llevarlo á sus alegres orgías.—Arturo iba á ellas por cálculo... pero el desorden le disgustaba, su carácter glacial enfriaba la locura de sus compañeros y concluía frecuentemente por hacerlos juiciosos: era generalmente conocido como un turba-funciones, y había renunciado á ellas.

Entonces dirigió sus visuales á otra parte y decidióse á cortejar á las damas de la corte.—Pero en la corte de aquella época, las damas huían del ruido y del es-

cándalo; no porque hubiese menos intrigas que otras veces, sino porque sabían ocultarlas mejor; y el obispo, aunque advertido de las silenciosas pasiones de su sobrino, afectó no saber nada y resolvió cerrar los ojos, opinando probablemente como Moliere.

«Que no peca quien en silencio peca.»

¿Qué partido, pues, quedaba entonces á ese pobre Arturo, que corría detrás del escándalo como otros corren detrás de la gloria, sin poder alcanzarlo? Pero no faltó un amigo franco, libertino, que le sacara de este apuro, diciéndole:

—Toma una querida en el teatro de la ópera; este teatro se ha hecho de moda, todo el mundo va á él; tus amores se harán públicos: meterán ruido, y esto es todo lo que necesitas.

—¡Yo! dijo Arturo ruborizándose de indignación, ¡fragar semejante intriga!

—No es preciso que la fragues tú; todo eso se arregla con las familias, y una vez concluido el tratado, no se hará mas que lo que tú quieras; no es menester que te enamores de veras, basta que se crea y lo publiquen las cien trompetas de la fama.

—Aprobado.

—Tendrás el título; esto es suficiente, ya sabes que en nuestros días... hay muchos titulares que no ejercen... serás uno de tantos.

—Corriente; estoy conforme.

Ya he dicho á vds. señores, los detalles de la presentación y primera entrevista de Judit, de Arturo y de su tía.

Se arregló el asunto de manera que llegase á noticia de monseñor el obispo.—Este, sin embargo nada dijo.

Sabía que casi todas las noches el coche de su sobrino se hallaba estacionado en la calle de Provenza; Arturo esperaba de un día á otro una explicación y una escena que tendría por resultado decaer de la gracia de su tío; pero, una sola reconvencción oyó y Arturo no sabía como explicarse aquella sangre fría y aquella resignación evangélica.

Era la calma precursora de la tempestad.

Monseñor al fin le dijo una mañana: El rey está muy irritado contigo; ignora el motivo.

—Yo lo adivino.

—Pues yo no quiero saberlo. Su magestad te ha perdonado, pero exige que dentro de dos días entres en el seminario.

—¿Yo, tío...?

—Estas son las órdenes del rey, si quieres reclamar acude á S. M.—Y le volvió las espaldas.

Furioso y fuera de sí Arturo, no sabiendo qué partido tomar, corrió á casa de Judit, la llevó á las Tullerías, hizo pública ostentación de sus amores delante de todo París y precisamente la víspera de partir para el seminario. Aquella vez logró meter ruido, y por tanto era imposible, después de semejante escándalo, pensar, al menos en mucho tiempo, en hacerle abrazar la carrera eclesiástica.—Esto era todo cuanto Arturo apetecía.

Monseñor escribió á Judit la carta amenazadora que hemos visto y el rey envió al conde la orden de salir en el término de veinte y cuatro horas.—Era preciso obedecer. Afortunadamente Arturo era íntimo amigo de uno de los hijos de Mr. de Bourmont, que debía marchar en la noche siguiente para Argel, para donde se preparaba una importante expedición.—Arturo le suplicó que lo llevase consigo en calidad de voluntario, y que nada dijese ni al rey, ni á su tío.—Supuesto que se me deja la libre elección del lugar de mi destierro, díjose á sí mismo, yo lo escogeré glorioso. Iré á donde haya peligro y honor. Me matarán ó seré uno de los primeros que den el asalto, y cuando regrese con una bandera, veremos si todavía persisten en que lleve sopalandas y eche la bendición á los fieles.

Salió de noche de la ciudad con el mayor sigilo porque todos sus pasos eran observados, y temía que si adivinaban el objeto de su viaje, le impedirían marchar. Escribió cuatro letras á Judit para prevenirla solamente que se separaba de ella por algunos días; pero este billete á pesar de ser tan insignificante, fué interceptado y no llegó á su destino. El prefecto de policía estaba á las órdenes de monseñor.

En la mañana siguiente Arturo surcaba los mares y á los veinte días de navegación desembarcó en Africa. Fué uno de los primeros en el asalto de fuerte del Emperador y fué herido al lado de su intrépido amigo Mr. de Bourmont, que cayó mortalmente herido en medio de una victoria.—Largo tiempo estuvo de peligro Arturo; por espacio de dos meses se desesperó de su vida, y cuando volvió en sí, su fortuna, sus esperanzas, las de su tío, todo había desaparecido en tres días con la monarquía de Carlos X.

El obispo no pudo resistir semejante desastre; enfermo y atormentado, había querido seguir á la desterrada corte, pero no le fué posible.—La impaciencia, la cólera continua que experimentaba, habían exaltado su cerebro é inflamado su sangre, declaróse al fin una fiebre peligrosa, y en el estado de irritación en que se hallaba, no sabiendo sobre quien descargar el peso de su cólera, tomó en su sobrino venganza de la revolución de julio.

Restablecido apenas de su herida llegó Arturo á París, y aquí es, señores, dijo el escribano levantando la voz, donde principió á entrar en escena.—El señor conde pasó á mi casa para confiarme los asuntos de la sucesión, de los cuales aun no le permitía su estado ocuparse.—Hacia mucho tiempo que era ya escribano suyo y de su familia, de consiguiente me pertenecía de derecho: procedimos, pues, desde luego á romper los sellos,

No hablaré á vds. de los pormenores del inventario, aunque un inventario bien hecho y dirigido es cosa de mucho mérito; anotando por su orden los papeles que hallamos en la gabela de monseñor, vi un billete timbrado satinado y que tenía por firma Judit, bailarina del teatro de la Ópera. La carta de una bailarina en casa de un obispo!... de buena gana por honor del clero, la hubiera hecho noche; pero Arturo se había apoderado de ella y al ver su turbación, creí por un instante, Dios me perdone este mal pensamiento, que monseñor y su sobrino habían sido rivales sin saberlo.

—¡Pobre niña!... pobre niña!... decía Arturo... ¡Qué nobleza! ¡qué generosidad! ¡ah! ¡qué tesoro poseía en ella! tomad señor, leed, me dijo; y cuando lei aquella frase:

Si he ofendido al cielo amándole con todo mi alma, si este es un crimen, yo sola soy la culpable... pues Arturo ni aun es cómplice de él.

—Es cierto, exclamó Arturo con los ojos preñados de lágrimas; ella me amaba con toda su alma, y yo no la conocí, ni pensé amarla... y tenía diez y seis años y era encantadora!... porque no sabéis, señor, cuan linda es... es la mas linda de todas las mugeres de París.

—No lo dudo, señor conde... Pero si queréis que acabe el inventario.

—Como gustéis...

Y continuó leyendo en voz alta los fragmentos de la carta,

«Si el cielo, si mi ángel custodio, si la felicidad de toda mi vida quisieran que el me respondiese: yo te amo! ¡ah! entonces conozco que es una cosa mala lo que voy á decirte y que me colmareis de maldiciones con justo título; —pero tened entendido, monseñor: que en ese caso no habría poder en el mundo que me impidiera ser suya y sacrificarlo todo por él.

—Y yo he despreciado... he rechazado semejante amor, exclamó Arturo.—¡Oh! yo solo soy el culpable... pero yo repararé mis faltas, yo la consagraré toda mi vida... os lo prometo, os lo juro.—Y ahora ¿quién podría vituperarme mi pasión? ¿Quién puede impedirme que confiese el objeto de mi cariño?... estoy envenenado con tener semejante querida! si la amo, no tengo inconveniente en decirlo á todo el mundo, y todo el mundo me la envidiará... principiando por vos, señor escribano, que no me oís... y que miráis con tanta atención ese farrago de papeles.

—Aquellos papeles... eran el testamento de su tío que acababa de encontrar, —testamento que le desheredaba y que disponía de la inmensa fortuna del difunto en favor de los hospicios y para fundaciones piadosas.

Así se lo dijo á Arturo que no manifestó la menor alteración y se puso á leer de nuevo la carta de Judit.

—Vereis, señor escribano, vereis á mi hermosa amante, me dijo; quiero que comais con ella hoy mismo.

—Pero estos papeles... este testamento...

—Y bien, me dijo sonriendo, esos papeles no me pertenecen, felizmente Judit me amará sin necesidad de la herencia... Adios, señor, adios; voy á verla, voy á encontrar á su lado mucho mas de lo que he perdido.

Y salió llevando pintado en su semblante el placer y la esperanza.

—¡Que hombre tan raro! exclamé, una querida le consuela de la pérdida de una herencia! Y concluí mi inventario.

Algunas horas después estaba de vuelta en mi casa. Vi entrar á Arturo como un loco, como un hombre delirante. No está! me dijo, no está, la he perdido!...

—¿Cómo! ¿Alguna infidelidad!...

—¿Quién os lo ha dicho? exclamó al punto agarrándole me del cuello.

—Yo no se nada.

—Eso es otra cosa; porque sino no podría sobrevivir. Después de mi marcha, hace tres meses ha desaparecido, ha abandonado el teatro.

—¿Qué os han dicho sus compañeras?

—Mil sandeces. Las unas dicen que ha sido robada, otra me aseguraba con la mayor sangre fría que Judit tenía intenciones de suicidarse.

—¡Es posible! Desde la revolución de julio se ha hecho moda el suicidio.

—No digais eso... perdería el juicio. He corrido á su casa de la calle de Provenza, la he dejado sin decirle donde iba.

—¿Pero no hay indicio alguno?

—El cuarto que ella habitaba se alquila.—Nadie ha vivido en él desde que Judit lo dejó.

—¿Pero no habéis encontrado nada?

—¡Nada! solamente, en la alcoba de su tía, tirado en el suelo... este sobre que dice: *A madama Bonniot, en Burdeos*.... Porque recuerdo que era ella de ese país.

—¿Y de qué os sirve ese papel?

—De qué? Encargaos aquí de mis negocios, arregladlos como os parezca.

—¿Pero qué pensáis hacer?

—Seguir sus huellas ó las de su tía... buscarla, descubrir la.

—¿Delicado como estais, queréis poneros en camino mañana para Burdeos?

—¡Mañana es demasiado tarde!

Y marchó aquella misma noche! Y... aquí principia el cuarto acto de los Hugonotes: el escribano ya no hablaba, solamente oía... y nos es preciso esperar hasta el otro entreacto la continuación de la historia.

V.

Mr. Nourrit acababa de saltar por la ventana, la señorita Falcon acababa de desmayarse: el cuarto acto de los Hugonotes concluía entre el ruido de los aplausos, y el escribano continuó su relación en estos términos:

Arturo permaneció seis meses en Burdeos buscando, preguntando á todo el mundo por la señora Bonnivet, de cuyo paradero nadie le daba noticias. Publicó su nombre en los periódicos: la pobre mujer hubiera muerto de placer si se hubiese visto en letras de molde. Pero esto ya no le era posible. El propietario de una casita, en la cual habia aquella vivido, dió á Arturo las noticias que pidiera por medio de los papeles públicos. La señora Bonnivet habia muerto hacia ya dos meses.

—¿Y su sobrina?
—No estaba con ella; pero la tia gozaba de una posición muy decente, que le proporcionaban cien luises de renta vitalicia.

—¿De donde le venia esta fortuna?

—Se ignora.

—¿Hablabas de su sobrina?

—Algunas veces pronunciaba su nombre... y en seguida se interrumpia como si temiera revelar un secreto que debia guardar.

Apesar de sus esquisitas diligencias nada mas pudo averiguar Arturo, por lo que llegó á perder totalmente las esperanzas, y se volvió á París. Desde que perdió á Judit, desde que se vió separado de ella para siempre, la inclinación que antes experimentaba por ella convirtiéndose en amor, en una pasión, y llegó á ser su único asunto y la sola ocupación de su vida. Recordaba con amargura los escasos momentos que habia pasado á su lado; veíala en su imaginación tan linda, tan ricamente ataviada y tan enamorada... Y todos estos bienes que le habian pertenecido, los habia despreciado, no conociendo su valor, sino despues de haberlos perdido para siempre. —Recorría todos aquellos sitios donde la habia visto, y concurría diariamente al teatro de la ópera.

Quiso habitar la casa de la calle de Provenza, pero ¡oh dolor! durante su ausencia la habia alquilado un extranjero que no la ocupaba! Quiso verla al menos; pero el portero no tenia las llaves, y las puertas y persianas permanecieron constantemente cerradas.

Ya deben vds. inferir, señores, que consagrado exclusivamente Arturo á su amor y á sus pesares, no pensaria siquiera en sus asuntos, cosa que me inquietaba no poco, porque veia que estos tomaban un aspecto muy serio. —Desheredado por su tio, Arturo no poseia otros bienes que los de su madre que le producian quince mil libras de renta, pero de estos habia ya disipado la mitad en las locuras que habia hecho en otro tiempo por Judit, y en los gastos que despues tuvo que hacer para descubrir su paradero, porque no reparaba en derrochar para este objeto.

Al mas ligero indicio espedia emisarios en todas direcciones y sembraba el oro á manos llenas... aunque siempre sin resultado; así es que el infeliz me repetía sin cesar que Judit ya no existia... que indudablemente habria muerto! En nuestras entrevistas, aunque tuviesen por objeto ventilar sus asuntos, no me hablaba sino de ella, y yo de la necesidad de vender y liquidar. —Al fin, aunque con mucho trabajo, pude decidirle al mayor sacrificio para él, á vender los bienes que habia heredado de su madre... Pero era preciso... Debía cerca de doscientos mil francos y los intereses que tenia que pagar hubieran consumido pronto el resto de su fortuna.

Fijáronse, pues, los carteles; insertáronse los competentes avisos en los diarios, y la vispera del día en que debia celebrarse la venta en mi escribanía, recibí de uno de mis compañeros una comunicacion que me llenó de sorpresa y alegría. La suerte se habia cansado de perseguir al pobre Arturo.

Un tal de Courval, hombre de una probidad equívoca, y deudor á su madre de una suma considerable, solicitaba solventar su deuda; el capital y los intereses ascendían á cien mil escudos; la deuda era muy real y muy exigible, y mi compañero me remitía los fondos en buenos billetes de banco. —No habia, pues, para que dudar ya de semejante felicidad. Corrí á anunciársela á Arturo que recibió esta noticia sin placer ni pena.

Desde que no oia hablar de Judit, todo le era indiferente. —Yo entretanto me apresuré á hacer el finiquito, á pagar á nuestros acreedores y levantar la hipoteca á nuestros bienes: todo iba á pedir de boca; salvo un incidente difícil de explicar.

Arturo encontró un día á ese viejo Mr. de Courval que acababa de pagarnos con tanta nobleza. Comunmente vivia en un pueblo de provincia y hallábase casualmente en París. —Arturo le alargó la mano y le dió las gracias por su proceder; en el momento mismo en que éste se excusaba con cierto embarazo de las infinitas desgracias que le ponían en la imposibilidad de cumplir con sus acreedores.

—¿Cómo! y acabais de pagarme cien mil escudos?

—¡Yo!...

—¿Ya no tengo contra vos crédito alguno; todos están cancelados; nada me debéis.

—Eso no es posible!

—¡Podeis ver á mi escribano!

El deudor, que ya no lo era, corrió á mi casa y fue-

go que se hubo cerciorado de la verdad quedóse estupefacto.

—Mejor para vos: le dije.

—Mucho mejor para Mr. Arturo... me respondió con aire triste, porque yo tenia ya tomado mi partido... ¡No pudiendo pagar, es lo mismo que si no debiera; y este acontecimiento no me hace mas rico; pero él!... ¡esto ya es muy diferente!... El puede estar contento porque ha adquirido la felicidad cuando menos se pensaba...

—¿Con que segun eso, es cierto que ignorais de donde pueda provenir ese dinero que se ha dado en vuestro nombre?

—Que me emplumen si sé una palabra; por lo demas no me daria cuidado que todas mis trampas se arreglasen de ese modo.

—Pues qué ¿debeis todavia mas?

—Cerca de doble de lo que he pagado, ó por mejor decir, de lo que han pagado por mí; y si se presentase alguno para continuar la liquidación, os suplico que me aviséis.

—Sereis servido.

Nuestra sorpresa creció de punto y Arturo se impacientaba porque no podia descifrar esta enigma. Yo pasé inmediatamente á ver á mi compañero, hombre honrado... muy instruido, que no sabia mas que yo... en este negocio, se entiende... Habíale enviado los fondos con la prevención de que se cancelaran los créditos. Me confió la carta de remisión que llevé á Arturo. Este la examinó detenidamente pero nada sacó en limpio por el pronto. La carta estaba fechada en el Havre, ciudad de la residencia de Mr. de Courval. La letra que no era la suya, nos era totalmente desconocida... Pero Arturo lanzó un grito de sorpresa y se quedó pálido como la muerte al ver el sello partido por la mitad: era el de Judit. Habíala regalado en cierta ocasion una piedra antigua y preciosa en la que habia mandado grabar un fenix. Lejos de ver en este presente una alusión ó un elogio, Judit no habia visto en él mas que un emblema de tristeza, y habia hecho grabar al rededor estas palabras: *Siempre solo*. Nunca habia abandonado este sello, y semejante divisa, insignificante para cualquiera otro y para ella tan espresiva, no podia pertenecer mas que á Judit. Esta carta viene de ella, exclamó Arturo, y la dejó caer de sus manos trémulas.

—Pues bien, ya estais seguro de que existe y sé que piensa en vos... ya estareis contento.

Arturo estaba furioso. Hubiera querido mejor que hubiese muerto, ¿por qué se oculta? ¡esclamaba! ¿por qué sabiendo donde yo estoy teme verme y se esconde? ¿Se ha hecho acaso indigna de presentarse á mis ojos? ¿No me ama ya? ¿Me ha olvidado?

—Esta carta, le dije, prueba lo contrario.

—¿Y con qué derecho, replicó Arturo, me hace estos beneficios? ¿De dónde proceden estas riquezas? ¿Quién le ha dado audacia para ofrecérmelas? ¿Y desde cuando me cree bastante vil para aceptarlas? No las quiero; es menester devolverlas.

—¿A quién?

—No me importa... Las rechazo.

—No hay duda que haríais una buena cosa en rechazarlas, cuando gracias á los cien mil escudos están pagadas todas vuestras deudas y teneis vuestros bienes libres de toda carga.

—Vendereis mis bienes, realizareis esta suma, á la cual jamás tocaré, y permanecerá depositada en vuestra casa... hasta que vayan á recogerla.

—Y el estado de fortuna en que os hallareis entonces.

—¡Poco me importa! A pesar de su infidelidad, no me arrepiento de haberme arruinado por Judit... pero ser enriquecido por ella, es una humillación que no puedo soportar!

Y á pesar de mis esfuerzos, á pesar de todas mis exhortaciones, llevó á efecto su resolución. Los bienes fueron vendidos, y muy bien vendidos, gracias al aumento sucesivo de las fincas; los primeros 300,000 francos se depositaron en mi escribanía, y quedaron á Arturo, por toda fortuna, 6,000 libras de renta.

Así vivió durante dos años, queriendo ahuyentar un recuerdo que le perseguía sin cesar; sombrío y melancólico, evitaba todo motivo de placer ó distracción, y absolutamente podia entregarse al trabajo ó al estudio; yo entretanto no podia menos de lamentar el imperio que ejercía tan cruel pasión sobre un hombre de talento y de tan distinguido carácter. Casi todos los días iba á verme, con objeto de olvidar á Judit y el resultado era que no sabia hablarme de otra cosa.

Ya no la amaba, decía, la odiaba: hubiera huido al cabo del mundo antes que volver á verla, é involuntariamente le llevaban sus pasos á todos aquellos sitios que le hablaban de ella y le recordaban su memoria.

Un día, ó mas bien una noche, hallábase en un baile de máscaras en este mismo teatro, donde jamás entraba sin una grande emoción. Solo, á pesar de la multitud... *siempre solo* (porque entonces él era quien habia tomado la divisa de Judit), paseábase silenciosamente en medio del ruido... en el mismo sitio, donde tantas veces la habia visto bailar... despues deslizándose por los corredores subió lentamente á ese segundo palco de enfrente donde en tiempos mas felices se sentaba todas las noches y desde donde le hacia la señal de sus inocentes entrevistas.

La puerta del palco estaba abierta. Una mujer disfrazada con un elegante dominó estaba en él sola y parecia sumergida en profundas reflexiones. Al ver á Arturo quiso levantarse y salir... pero pudiendo apenas sostenerse, se apoyó en uno de los costados del palco y dejóse caer en su silla. Su turbación no pudo menos

de llamar la atención de Arturo que se aproximó á ella inmediatamente y le ofreció sus servicios.

Ella sin responderle los rehusó haciendo una señal con la mano.

—El calor os habrá sofocado, le dijo con una emoción que no podia reprimir, debeis quitáros por un momento esa careta...

La máscara volvió á hacer una señal negativa y se contentó para refrescarse con echarse atrás la capucha del dominó que cubría su frente.

Arturo vió entonces unos hermosos cabellos negros que caían en bucles sobre sus espaldas! De este modo se peinaba Judit... Aquel aire gracioso, aquel talle tan fino y elegante era el suyo... aquellas eran sus maneras, su ademán, aquel encanto invisible y penetrante que se adivina y no puede pintarse...

La máscara se levantó al fin...

Arturo lanzó un grito sintiendo tambien á su vez la turbación que poco antes experimentaba la dama del dominó... pero renniendo pronto todas sus fuerzas, le dijo á media voz.

—Judit... Judit!... sois vos!

La máscara hizo ademán de salir.

—¡Quedáos, quedáos por Dios! ¡dejadme que os diga que soy el mas desgraciado de los hombres porque os he despreciado cuando merecíais todo mi amor!

Ella tembaba.

—¡Si, lo merecíais entonces... sí, erais digna de los homenajes y de las adoraciones de toda la tierra, y sin embargo tan insensato como soy os amo todavia, no amo mas que á vos, y os amaré siempre... aun ahora mismo que me habeis sido infiel... que me habeis engañado!

La máscara quiso responder, la palabra espiró en sus labios... pero llevó la mano á su corazón como para justificarse...

—Y si no es así, ¿cómo me explicais vuestra ausencia, y sobre todo vuestros beneficios?... esos beneficios de que me he avergonzado por vos y que he rechazado! ¡Si, Judit, no los quiero, yo no quiero mas que á vos y vuestro amor; y si es cierto que no me habeis olvidado, que me amais todavia... ¡venid!... ¡seguidme! Es menester amarme para seguirme... porque ahora no tengo riquezas que ofreceros... Ah! ¡vacilais... no me respondeis!... ¡Comprendo vuestro silencio!... ¡Adios, adios para siempre!

Arturo iba á salir del palco, pero Judit lo detuvo agarrándolo por la mano.

—¡Hablad, Judit, hablad por Dios!

La pobre muchacha no podia remediarlo, los sollozos ahogaban su voz.

Arturo se arrodilló á sus plantas; nada le habia dicho ella... pero lloraba, y parecía que se habia justificado.

—¡Vos me amais todavia!... No amais á nadie mas que á mi...

—Si, le contestó Judit, alargándole la mano.

—¿Podré creerlo?... ¿dónde están las pruebas?

—¿Quién me las dará?

—El tiempo.

—¿Qué debo hacer?

—Esperar.

—¿Y qué prenda me dais de vuestro amor?

Judit dejó caer el ramo de baile que llevaba en la mano, y mientras que Arturo se bajaba para cogerlo, se lanzó al corredor y desapareció.

El la siguió algunos instantes, la vió desde lejos entre la multitud; pero detenido él mismo por las oleadas de las máscaras, al fin la perdió de vista... Despues creyó encontrarla de nuevo... Si... si... era ella. Arturo siguió sus huellas, y en el mismo instante que llegó al vestibulo, Judit entró precipitadamente en un magnífico coche que dos hermosísimos caballos arrastraron al galope.

—Señores, dijo el escribano interrumpiéndose, ya es muy tarde; yo me acuesto temprano, y si ustedes me lo permiten, dejaremos para pasado mañana el fin de la historia.

VI.

El martes siguiente habia ópera; nosotros estuvimos todos en la orquesta, puntuales á la cita, y el escribano no llegaba. Ejecutábase *Roberto*, y esta funcion me recordaba mi primera entrevista con Arturo. Yo traia principalmente á memoria su tristeza y distracción, y opinaba que el mismo Meyerbeer, á saber el motivo que la originaba, le hubiera perdonado de buena gana el que no hubiese oido el sublime terceto de *Roberto*.

¿Pero en aquel momento se hallaba Arturo mejor dispuesto á apreciar la buena música? ¿Era mas feliz? ¿Había al fin hallado ó perdido á su Judit?

Ignorábamos todavia los obstáculos que los separaban, y nuestra impaciencia por conocer el fin de la historia aumentábase mucho mas con la ausencia del historiador. Este llegó despues del segundo acto, y jamás actor querido del público, jamás bailarín que vuelve á presentarse en las tablas despues de tres meses de licencia, tuvo mas brillante entrada que el escribano... —¡Ahí está!—Venid, amigo mio. —¿Cómo tan tarde?

—Vengo de un banquete y de asistir á un contrato... digo asistir... porque ya no ejerzo; he vendido mi escribanía, y gracias á Dios, no debo nada á nadie.

—Escepto á nosotros.

—Nos debéis un desenlace...

—La historia de Judit...

—Os hemos guardado vuestro asiento, sentáos.

Sentáronse todos, y el escribano acabó de esta manera la historia de Judit:

—Recordarán ustedes, señores, que por despedida dijo á Arturo: *esperad....* Pues bien, durante muchos días esperó con la mayor paciencia una carta ó alguna cita. La veré, decía, volverá; así me lo ha prometido; pero los días y las semanas pasaron sin que Judit volviera.

Seis meses trascurrieron de este modo; despues un año, luego dos años. Arturo me causaba lástima, y mas de una vez temí que perdiera el juicio. La escena del baile de máscaras le habia afectado vivamente.... Momentos habia en que acordándose de aquella Judit que habia encontrado sin verla, que se le habia aparecido sin manifestarle sus facciones, creia hallarse bajo el dominio de alguna fascinación. Su cabeza, debilitada por sus cabilaciones, le persuadía que aquello era un sueño.... una ilusión; y casi llegó á dudar de lo que habia visto y oído. Cayó gravemente enfermo, y en el delirio de la fiebre veía á Judit, que se le aparecía por la última vez y le daba el postrimer adios; imposible me seria decir á ustedes todas las frases tiernas y apasionadas que la dirigia. Judit era su solo pensamiento, su idea fija.... Este era el tormento que sin cesar le abrumaba.

Nuestros cuidados le volvieron á la vida; pero permaneció sombrío y melancólico, y esceptuándome á mí á nadie mas veía. Nunca quiso tocar al dinero que guardaba de Judit, y su fortuna, como ya he dicho á ustedes, consistia solo en seis mil libras de renta; pero de estas habia empleado cuatro mil en el abono anual de un palco en el teatro de la Opera.... ese mismo palco segundo donde pasó con Judit la noche del baile de máscaras.—A él iba todas las noches como si Judit hubiese de volver.... como si esperase verla allí mismo.... y despues, cuando perdió esta esperanza, ya no tuvo valor ni fuerzas para entrar en él: veíase allí solo, siempre solo (su eterna divisa) y esta idea le molestaba sobre manera. De vez en cuando solia venir á la orquesta, miraba tristemente hácia el palco de Judit, y en seguida se marchaba diciendo: *No está....*

He aquí á lo que estaban reducidas todas las ocupaciones de su vida; y escepto algunos viajes que hacia de vez en cuando, siempre animado de la esperanza de obtener noticias de Judit ó algunos indicios sobre su suerte, siempre estaba en París, y no habia noche que voluntaria ó involuntariamente no se dirigieran sus pasos al teatro de la Opera: y yo, con objeto de no perderlo nunca de vista, me abiné tambien por un año.

La semana pasada vino al teatro, se sentó en la orquesta, no en este lado, sino en el otro. Aquella noche, totalmente desanimado, volvía la espalda al público, y sumergido en sus reflexiones, nada veía ni escuchaba. Algunas ruidosas exclamaciones le arrancaron, sin embargo de su meditacion.

Una dama jóven, de notable hermosura y ricamente ataviada, acababa de entrar en un palco y toda la artillería de anteojos se dirigió á ese lado.

No se oia mas que estas palabras: ¡Qué bonita es! ¡Qué aire tan gracioso y distinguido!

—¿Qué edad le echa vd.?

—De veinte á veinte y dos años.

—¿Qué, no puede tener arriba de diez y ocho.

—¿Sabe vd. quien es?

—No, señor; es la primera vez que viene al teatro.... lo sé, porque soy abonado.

Otras muchas personas que estaban allí presentes tampoco la conocian.

Pero, no lejos de ellos, un extranjero de distincion inclinó la cabeza respetuosamente y saludó á la hermosa dama.

Inmediatamente todos le preguntaron su nombre.

—Es Lady Inggerton, la esposa un rico par de Inglaterra.

—De veras!... tan linda y tan rica!

—Y se dice que ella no tenia nada.... que era una muchacha pobre que en una desesperacion amorosa quiso tirarse al rio... y que hallada y recogida por el viejo duque, que la trató como á su hija....

—Es una verdadera novela.

—¡Oh! no todas concluyen tan bien; porque el viejo que la habia tomado cariño y que ya no podia pasarse sin ella, quiso segun dicen, casarse con ella para dejarla su fortuna.... Lo que en efecto ha hecho.

—¡Diablos!... Si es viuda.... es un excelente partido.... Pero calla, está mirando hácia este lado.

—Vd. se equivoca, contestó el extranjero.

—No á fé mia.... no me equivoco.... que lo diga el señor. Y se dirigió á Arturo que nada habia oido y que se vió en la necesidad de explicar lo que acaba de decirse.

¡Arturo alzó los ojos! y en el palco segundo de enfrente.... en aquel palco que en otros tiempos fué el suyo, distinguió....!

¡Ahl nadie muere de sorpresa y alegría.... puesto que Arturo existió todavia.... puesto que sentia los redoblados latidos de su corazon.... puesto que tuvo fuerzas para decir: ¡ella es...! ¡es Judit! Pero al mismo tiempo permanecia inmóvil.... no se atrevia á moverse, como si temiese despertar!

—Señor, señor, le dijo el que estaba á su lado, ¿usted la conoce?

Arturo nada respondió; porque en aquel instante las miradas de Judit se habian encontrado con las suyas.... Habia visto brillar en sus ojos la alegría y el placer! Pero su delirio creció de punto cuando vió la mano de Judit, aquella mano tan blanca tan linda, le-

vantarse lentamente á la altura de su oreja, é imitando la señal que en otro tiempo le hacia Arturo, jugar por algunos instantes con los pendientes de esmeralda que él mismo la habia regalado.

¡Esta vez creyó volverse loco! Volvió la vista, escondió la cabeza entre sus manos, y permaneció así algunos minutos como para convencerse que no era aquello una ilusión, para repetirse que estaba vivo todavia, y por último, que era Judit la que acababa de ver.... En seguida, cuando estuvo bien seguro de que no soñaba, levantó otra vez la vista hácia ella.... ¡La vision celestial habia desaparecido!... ¡Judit ya no estaba en el palco!....

Un frio mortal recorrió todos sus miembros. Una mano de hierro le apretaba el corazon.... Pero recordando en seguida lo que acababa de ver... y de oír.... sí, porque ella le habia hablado... ella le habia hecho una señal... abandonó bruscamente su asiento... salió del teatro, y corrió como un loco por la calle diciéndose: si esta vez me engaño... si todavia es esta una ilusión... ó pierdo el juicio, ó me mato.... y decidido á morir se dirigió entonces friamente hácia la calle de Provenza. Llamó á la puerta que no tardó en abrirse.... y temblando preguntó. La señorita Judit....

—La señora está en casa, contestó tranquilamente el portero.

Arturo lanzó un grito y tuvo que apoyarse en el pasamaros de la escalera para no caerse.

Subió al primer piso, atravesó todas las habitaciones, y abrió la puerta del gabinete.

Estaba amueblado como otras veces... Hacia ya seis años....

La cena que habia encargado antes de su partida estaba allí todavia, y servida la mesa donde se veian dos cubiertos.

Y Judit sentada en un camapé, le dijo en cuanto entró: muy tarde viene vd. amigo mio. Y le alargó la mano.

Arturo se arrojó á sus pies....

Aquí se detuvo el escribano.

—¿Y bien?... exclamó todo el auditorio. Acabe vd.

El escribano se sonrió y dijo: Arturo no me ha contado mas.... Por otra parte, aunque tuviera que contarnos no podria, porque principiaba el tercer acto de *Roberto*, y ya saben vds. que no me gusta perder una sola nota de su hermosa música.

—¡No importa, acabe vd.!

—¿Pero qué mas quieren vds. que les diga?... Vengo de comer con ellos... he firmado el contrato.

—¿Segun eso se han casado al fin?

Así es la verdad, Judit lo ha querido.

—¡Por última sorpresa sin duda!

—Tal vez le reserva otra todavia.

—¿Cual? preguntó vivamente el catedrático de leyes.

—Nada se.... respondió el escribano sonriéndose pero se asegura que el viejo duque su marido no la llamaba jamás con otro nombre que con el de: *mi hija*.

En aquel momento se abrió el palco segundo que ya conocen nuestros lectores: Judit apareció en él envuelta en su capa de armiño y apoyada en el brazo de su amante, de su marido!...

Y un solo grito partió al punto de los bancos de la orquesta.

—¡Qué linda es ella!

—¡Qué dichoso es él!

LA TUTELAR.

Hace ya algunos meses que vimos anunciada con el título que encabeza nuestro artículo, una Compañía de Seguros Mutuos sobre la vida.—Reciente el recuerdo de pasadas asociaciones; resentido nuestro bolsillo de los sacrificios que nos costara la ciega confianza que nos merecieron, pasó una y cien veces desapercibido por nosotros el anuncio de la nueva Compañía, ó al menos no escitó nuestro ánimo hasta el punto de movernos á conocer sus bases. Confesamos que en esto cometimos una grave falta: juzgamos á la Tutelar dominados por la prevencion que de todos se apodera todavia al oír pronunciar la palabra Compañía; la juzgamos sin conocerla; la creimos mala porque malas habian sido anteriores asociaciones. Persuadidos estamos que el público en general tendrá que echarse en cara la misma falta que nosotros confesamos.—¡Que no inquiete esta idea sin embargo á los directores de la Tutelar! El público es justo, es sensato; hoy se halla dominado por una desconfianza natural despues de los desengaños recibidos; pero esta desconfianza desaparecerá ante la bondad del pensamiento y las sólidas garantías de la Asociación.—Tambien nosotros hemos desconfiado—lo hemos dicho francamente.—Hoy, sin embargo, hemos conocido nuestro error y desde hoy nos declaramos defensores de la nueva institucion.

Debemos algunas palabras á la transformacion experimentada en nuestras ideas, porque no se comprenderá sin ellas cómo somos hoy defensores de lo que ayer mirábamos con prevencion.

Ya hemos dicho que los anuncios de la Tutelar nos daban poco ánimo para solicitar de su direccion las noticias que debian hacernos comprender sus bases.—Hoy quizás permaneciéramos en nuestra apatía sino nos hubiera sorprendido dias pasados el Boletín administrativo que con el número 3 ha publicado esta Sociedad.—Una lista nominal de 720 suscritores, cuentas muy minuciosas y claras, documentos que acreditan

el depósito en el Banco Español de San Fernando de 900.000 reales de títulos del 3 por 400, el nombramiento de una junta de gobierno, compuesta de personas ilustres y de nombres respetables—he aquí las interesantes nuevas que nos trajo aquel Boletín.—Ante la evidencia de los hechos, cesaron nuestros recelos y quisimos desde luego conocer la Compañía, enterarnos de sus bases y adquirir los informes que antes tan poco nos ocuparon.

Deseamos sinceramente que sigan nuestro ejemplo los que como nosotros han mirado á la Tutelar con desconfianza, y seguros estamos que tendrán que agradecer nuestro deseo y el consejo que les damos. Les pedimos solo una simple lectura del prospecto que ha publicado la entendida administracion de la compañía.—Este interesante impreso, en que se esplican el objeto, las bases y las garantías de la asociación, basta para que los mas indecisos, los mas castigados por anteriores empresas, acojan el pensamiento de la Tutelar con entusiasmo, y lo declaren beneficioso y útil sobremanera á las clases todas de la sociedad.

Es la Tutelar, dice su prospecto, una gran caja de ahorros que recibe los sobrantes y economías de las familias, para darles útil empleo, y procurar á estas en un tiempo determinado, un capital ó una renta con que atender á las necesidades de la vida.

No puede darse objeto mas benéfico ni propósito mas laudable.—Con la economía reina en las familias el orden y la paz, y al paso que produce estos únicos verdaderos goces de la vida, la feliz combinacion de la Tutelar premia aquella virtud con el desahogo y el bienestar.

Imprevistos generalmente, confiados por demas en nuestra suerte, no pensamos en la inmensa importancia de los ahorros; los consideramos siempre insignificantes. ¿Qué haremos, solemos decir, de estos 400 ó 200 ó 4.000 reales que tenemos? por ellos no seremos ni mas ricos ni mas pobres; y los gastamos, insensatos, satisfaciendo caprichos del momento, alimentando vicios las mas veces, sin pensar que esta corta suma, que tan insignificante y tan inútil nos ha parecido, puede bastarnos para dar carrera á nuestros hijos, para libertarnos de la indigencia en época en que agotadas nuestras fuerzas, tengamos que echarnos en cara nuestra vida disipada.

¡Cuántas desgracias se evitarían si un poco pensáramos en el porvenir!—¡Cuántas familias que hoy viven á merced de amigos ó parientes, tendrían su fortuna propia, un bienestar independiente, y el consuelo que inspira la idea de bastarse á sí mismo, y de no ser gravoso á nadie!—¡Cuántas veces no nos hemos nosotros mismos lamentado de la triste suerte de nuestros amigos; cuántas personas no hemos conocido en la opulencia hoy y mendigando mañana!—Pues bien, escuchemos los consejos de la esperiencia, no nos dejemos dominar por ideas imprudentes, y apartemos de nuestras rentas ó productos anuales la suma que nuestras fuerzas nos permitan, sin reparar en si es corta su importancia; depositémosla en la Tutelar, que nos ofrece cuantas garantías podemos apetecer; y tendremos nuestro porvenir asegurado, sin esponernos á los harto frecuentes vaivenes de fortuna.—No repararemos ni en nuestra edad ni en nuestra posicion; todas las edades tienen un porvenir que asegurar, y todas las posiciones deben temer reveses sensibles.

La direccion general de la compañía que nos ocupa, se halla situada en la calle de Jacometrezo, número 4, y la inspeccion de la provincia de Madrid en la de Silva, número 40, cuarto tercero. En ambas oficinas se facilitan gratis impresos, y se admiten suscripciones, y recomendamos nuevamente á nuestros lectores que se acerquen á ellas á pedir las noticias que por falta de espacio no podemos nosotros darles hoy.

ANUNCIO.

OBRAS COMPLETAS

DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

ORDENADAS Y CORREGIDAS POR EL MISMO AUTOR.

Se ha publicado el tomo 5.º y último de la coleccion, que contiene las poesias y un apéndice de artículos en prosa. Se vende en Madrid, suelto ó con los cuatro anteriores que comprenden el Teatro de Breton en los puntos siguientes:

Librerías de Perez, calle de Carretas; Monier, Carrera de San Gerónimo; Cuesta, calle Mayor; y Baylli-Bailliere, calle del Principe, y en el Gabinete literario de Mellado, calle del Principe, número 25.

Los pedidos para las provincias, ultramar y el extranjero, se hacen á don Francisco de Paula Mellado, en su Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, bien por medio de sus corresponsales ó directamente.

El precio de cada tomo es 40 rs. en la península e islas adyacentes, y 50 fuera de ella.

A los que quieran tomar ejemplares de la coleccion para espenderlos de su cuenta, se les hará una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.